

EL DEFENSOR DEL OBRERO

¿Se pretende legalizar la tiranía?

En varios periódicos hemos leído estos días numerosos artículos hablando de la necesidad de abrir anchos cauces de libertad para que por ellos discurran las aguas, hoy tormentosas, inundantes y destructoras del sindicalismo.

¡Libertad, libertad! Nadie de los que tales artículos escriben se han tomado la molestia de leer ni el primero de los artículos del reglamento de los Sindicatos únicos.

Véase lo que es el Sindicato único, lo que busca como ideal y lo que exige de sus asociados, en voz ni voto, por el mero hecho de haberse sindicado.

Son artículos y apartados del reglamento que lleva al final el carnet de cada sindicalista enganchado. Y ¡ay del que no los lee elegantemente!

Dicen así:

«Artículo I. — Apartado a):

El Sindicato único es: «...una entidad que tiene por objeto combatir el privilegio económico capitalista, con la aplicación práctica de la LUCHA DE CLASES, etc.

Apartado b):

...no esperará de las clases directoras, capitalistas, políticas ni RELIGIOSAS...

Apartado c):

Será norma de este Sindicato la creación de escuelas RACIONALISTAS para dar una enseñanza sana y racional a los hijos de los trabajadores.

Artículo III. — Apartado b):

En las asambleas que se traten asuntos de orden general, podrán tomar parte en la discusión todos los trabajadores que acrediten serlo. MEDIANTE LA PRESENTACION DEL CARNET CONFEDERAL; pero no podrán hacerlo en las que se traten cuestiones interiores del Sindicato.

EN NINGUN CASO PODRÁN EMITIR VOTO EN PRO NI EN

CONTRA DE LAS CUESTIONES QUE SE DEBATAN.

En caso de disolución del Sindicato «pasará» los fondos A ESCUELAS RACIONALES... etc.»

Entre las «observaciones» importantes encontramos estas, tan... elocuentes:

«...debes exigir que tu Sindicato es: adherido a la Federación local...»

...la Federación local o comarca debe pertenecer a la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña.

La Confederación Regional del Trabajo de Cataluña pertenece a la Confederación Nacional del Trabajo de España.

Abónete al órgano de la Confederación «Solidaridad Obrera» y propágalo por doquier.

...obrando así... SOLO ASI, será considerado como miembro de la familia obrera.»

De manera que aquí no hay en los Sindicatos, ni pensamiento, ni voz, ni voto, ni periódico libre, ni ¡un obrero! sin el carnet y la tiranía de esa Confederación absorbente y déspota.

Ese es el Sindicato único, por mucho que ahora se pretende disfrazarle.

Y si no perdemos de vista el descarado «programa» de la O. G. T. contra la Religión, la Patria, el Ejército y la Sociedad... ¿cómo pueda legalizarse todo ello?

La niña mejor

¿Quieres, Cándida, saber cual es la niña mejor?

Pues mézta con amor lo que ahora vas a leer.

La que es dócil y obediente, la que reza con fe ciega, la que canta, la que juega con abandono inocente.

La que de necias se aparta, la que aprende con anhelo, cómo se borda un pañuelo, cómo se escribe una carta.

La que no sabe bailar y si rezar el Rosario, y lleva un escapulario al cuello, en vez de un collar.

La que desprecia o ignora los desvarios mundanos, la que quiere a sus hermanos

y a su madrecita adora.

La que llena de candor canta y ríe con nobleza, trabaja, obedece y reza, ¡esa es la niña mejor!

Gabriel y Galán

Estudios Sociales

LA ACONFESIONALIDAD

La «aconfesionalidad»: he aquí el mal gravísimo de nuestros días, el error fundamental de los creyentes que no creen de los cristianos que no practican, de la turbamulta retratada por los santos Padres en aquella frase, «gozar con el mundo y desganar con Dios».

Hallaremos el tipo acabado de esta clase de hombres en aquel señor, que en su actuación social, en su vida de relación, afirma que en modo alguno se debe ser intranigente con las ideas, que todas merecen sus respetos y que aunque no las comparte, tiene para ellas su acatamiento prudencial: es el mismo que defiende que en los sindicatos y juntas no debe mezclarse el problema religioso, y hablando en jansenista, sostiene muy serio que Dios está en tan elevada altura y es digno de tan profunda veneración, que hay que mirarle de lejos y reservarle en lo más recóndito del tabernáculo santo; es de los que leen toda clase de prensa, con predilección la que se basa en estos cánones, la que igual importancia concede el ramadán moruno que a la cuaresma cristiana, la que lo mismo anuncia la conferencia religiosa que las representaciones escénicas más inmorales, la que le lleva acaso el dolo de inmundas noticias y los artículos tendenciosos, con alguna que otra nota de la «sesión de cultos».

Cuando vemos a ese señor que va por las calles leyendo sus periódicos favoritos, sin que ninguno sea cualquiera de los cinco diarios católicos de la corte, se nos ocurre preguntar: ¿Es este el que he visto contrito y devoto en la próxima Iglesia?

Jamás podremos acostumbrar-

nos a ese dualismo pernicioso. Nuestro pensar será rancio, de los tiempos que pasaron; acaso no sea hoy bien visto, por ser moda lo contrario al espíritu de «santa intransigencia» que tan fervorosamente practicaron nuestros abuelos; acaso el mundo pida hoy que en la vida pública, ocultemos las creencias y no amarguemos el afán de gozar y divertirse dominante con el recuerdo religioso.

Pero, ¿cuándo la moda o el mundo pudieron ser norma de conducta para el caballero de fe?

Los «aconfesionalistas» afirman también que al modo de resolver la cuestión social, de crear fuertes núcleos de obreros que formen díque poderoso contra la ola bolchevique que amenazadora avanza, es la creación de sindicatos y partidos «aconfesionalistas». No exigiendo prácticas alguna religiosa, podrá venir con nosotros los que en Religión están distanciadados... ¡Insensatos!

Así haríamos uniones en las que ellos no se harían buenos y nosotros nos convertiríamos en malos, o, por lo menos, nos pondríamos en peligro inminente de contagio.

Si los Apóstoles hubiesen hecho suya esta regla de acción social, la Iglesia no hubiera salido de su infancia, ni por consiguiente, llegado a nosotros con sus consuelos inefables, y sus dogmas venerandos, y sus misericordias infinitas.

La «aconfesionalidad» de la fe es el primer fundamento del credo católico... Donde actúe y obre un católico, debe actuar y obrar Cristo Redentor, con la pureza de su doctrina.

No seamos tibios en el creer y no sentiremos la cobardía en el practicar.

Meditemos la conducta de los santos, estudiemos sus escritos, veamos su modo de manifestarse en todos los actos de la vida de sociedad, en sus varios apostolados, más complicados y difíciles que los nuestros... tendremos que